WILBUR L. CROSS LIBRARY
UNIVERSITY OF CONNECTICUT

6
27c
.1

BOOK 066.AT27C no. 1 c. 1
ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y
ARTISTICOCO DE MADRID # CONFERENC
3 9153 00057995 5

ANTROPOLOGÍA

DE LOS

PUEBLOS DE AMÉRICA

ANTERIORES AL DESCUBRIMIENTO

ATENEO DE MADRID

ANTROPOLOGÍA

DE LOS

PUEBLOS DE AMÉRICA

ANTERIORES AL DESCUBRIMIENTO

CONFERENCIA

DE

D. MANUEL ANTÓN

pronunciada el día 19 de Mayo de 1891

Ateneo científico, literario, y artístico de Madrid. Conferencias públicas no. 1

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, 20
1892

¢66
At27c
no.1

Señores:

Declaro, ante todo, que me siento agobiado, no ya sólo por la dificultad del asunto que me toca exponer esta noche, sino también por la imposibilidad de encerrarle, siendo, como es, de tan dilatada extensión y variados materiales, en los reducidos límites de una sola Conferencia. Empresa más para un curso que para una lección, difícil para cualquiera, insuperable para mí, la he aceptado, sin embargo, cediendo al empeño del Sr. Presidente del Ateneo, D. Antonio Cánovas del Castillo, y del Sr. Presidente de la Sección de Ciencias Históricas, don Antonio Sánchez Moguel, porque entiendo corresponder así de algún modo á las continuadas mercedes que me dispensa esta ilustre Sociedad.

Nunca como en estos tiempos se ha estimado tanto esta parte de la Historia Natural conocida con el nombre de Antropología, siempre más ó menos cultivada por los naturalistas, y al presente solicitada por los historiadores y requerida por los sociólogos, para recoger de sus abundantes cosechas de investigación las primeras materias de sus labores científicas. Bien es verdad que hasta Buffón la Antropología no constituyó un organismo científico de vida propia, y, por lo tanto, no gozó de fecundidad suficiente en las intimidades de su desarrollo para ofrecer al apetito de historiadores y estadistas frutos adecuados á sus especiales gustos.

12/3/05

Nadie puede negar que la Historia Natural moderna, Atlante sobre cuyos hombros descansa la ciencia y el progreso de nuestro siglo, fué parto fecundo del genio de Linneo y del ingenio de Buffón; pero puede afirmarse, además, que ni estos sabios ni sus inmediatos precursores lo fueran jamás sin los grandes descubrimientos geográficos de las dos naciones hispánicas, que, mostrando la inmensa variedad de las floras y faunas de los mundos descubiertos, nuevos también en sus poblaciones vegetales y animales, despertaron la curiosidad por la novedad de las formas, y forzaron por la inmensidad de su número, la clasificación hasta llegar á los sistemas, cuando no al método, de Linneo, y á las leyes y principios de Buffón, que son los centros de creación de todas y cada una de las ciencias especiales posteriores.

Y si esto puede decirse de las plantas y de los animales, con motivo no menos fundado ha de entenderse de las gentes en cuanto constituyen las razas humanas. Bendishe, Topinard, Quatrefages, y cuantos han tratado la historia de la Antropología, con una injusticia de la que con razón nos doleríamos si no acusase un desconocimiento completo de cuanto á nuestro país se refiere, omiten los verdaderos trabajos de este ramo del saber hallados por doquier en los historiadores y naturalistas españoles que durante los siglos XVI y XVII se ocuparon de las cosas de América, y se empeñan en buscar los antecesores de Buffón y Blumenbach, fundadores de la Antropología moderna, en escritores, teólogos y médicos de sus respectivos países, cuyo objeto, al ocuparse del hombre, fué ciertamente muy distinto del que persigue el antropólogo, cuando están ahí nuestros historiadores de Indias, especialmente los naturalistas como Acosta y Fernández de Oviedo, que nos describen las razas humanas en sus distintos pueblos, apreciando sus caracteres físicos, intelectuales y morales con una exactitud y precisión que debe tomarse como ejemplo digno de imitación por los naturalistas modernos, y es motivo más que suficiente para señalarlos como los primeros científicos del Renacimiento que aportaron caudales valiosísimos para formar con ellos los primeros ejemplos de la Historia natural del hombre.

Si lo que nuestros naturalistas historiadores de Indias escri-

bieron del hombre americano lo hubiesen apartado en libro especial y concreto á las razas humanas, ¿podrían al presente ufanarse nuestros vecinos los franceses de su gran naturalista Buffón como el primero que publicó en tratado especial la *Historia Natural del Hombre?* No, seguramente: ni en el fin científico que se propone el autor, ni en el método, ni en la manera de las descripciones y caracteres en que se fundan, ni, mucho menos, en la claridad y precisión del estilo, aventaja, en lo tocante á descripciones antropológicas, el renombrado naturalista francés del siglo XVIII, al justamente famoso naturalista español del siglo XVI, Gonzalo Fernández de Oviedo, por ejemplo. Acuda el curioso á su *Historia General y Natural de las Indias*, y cuantas veces, entre la muchedumbre de animales y plantas le llega su vez al hombre, se encontrarán claras muestras de lo que afirmo. En prueba de lo cual, aquí está, tomada del lib. III, cap. V, su descripción de los caribes flecheros: «La color de esta gente es lora; son de menos estatura que la gente de España comunmente; pero son bien hechos é proporcionados, salvo que tienen las frentes anchas é las ventanas de la nariz muy abiertas, é lo blanco de los ojos algo turbios. Esta manera de frentes se hace artificiosamente.....» Ni tampoco se le escapó lo *recio y grueso de sus cráneos*, ni la descripción de sus armas, ni sus costumbres, ni nada de cuanto constituye el objeto del naturalista en el estudio de la humana especie.

Nadie podrá negar, pues, sin atropellar la verdad más cierta, que en nuestros historiadores de Indias se contiene la Antropología de América bajo todos sus aspectos, conforme á los métodos y recursos de la ciencia del siglo XVI; porque no sólo estudiaron y describieron las razas atendiendo al conjunto de sus caracteres físicos, intelectuales y morales, sino que examinaron las formas de su organización social, é intentaron averiguar su origen; bien es verdad que esto último conforme á los procedimientos meramente históricos ó teológicos propios de la época, como puede verse en Acosta, en Herrera y, aun mejor, en Fr. Bernardo García y en Diego Andrés Rocha, que sobre el origen de los indios escribieron tratados especiales.

Aun en nuestro siglo, Humboldt, Bancroft, d'Orbigny, y cuantos se ocupan de las razas americanas, se surten con lar-

gueza de los antiguos tesoros de nuestros escritores indianos; y con repasar la famosa obra del ilustre naturalista d'Orbigny, intitulada *El Hombre americano*, puede apreciarse por la abundancia y la franqueza, aunque no siempre por la exactitud de sus citas, la parte principal, hasta los días de los autores citados, única, que pusieron los españoles en la Antropología de América, y, por ende, el lugar preeminente que de derecho les corresponde en la historia de esta ciencia, con evidente sinrazón desconocido por algunos.

Cuestión es ésta que me limito tan sólo á señalar: para más disquisiciones me falta el tiempo; pero sin duda merece un libro de crítica histórica donde se otorgue á cada cual lo suyo y á los nuestros nada más que su derecho, con su sudor ganado, porque les basta y les sobra para la honra y buen nombre de su nación.

No es lícito, sin embargo, desconocer que en los siglos XVI y XVII los procedimientos, métodos, nomenclaturas y puntos de vista de la Historia Natural carecían de la exactitud, precisión y unidad que ganaron con Linneo y se han ido perfeccionando después hasta llegar á las maravillas científicas de nuestros días, y como nuestros historiadores de Indias se inspiran en los dos grandes naturalistas de la antigüedad pagana, Aristóteles y Plinio, á cuyos modelos se sujetan de continuo. En Antropología, singularmente, los procedimientos de investigación exactos, y con precisión bastante para determinar las razas según sus verdaderas afinidades y relaciones físicas, son obra de nuestros días; por eso no seré yo quien oculte, que si tocante á los caracteres intelectuales, morales y sociales de los pueblos indios, nuestros naturalistas historiadores contienen todo cuanto la ciencia moderna requiere y exige, en los físicos, con ser muy valiosos, no es posible buscar en ellos la exactitud de los caracteres métricos, invención de estos últimos años que ha subvertido y revuelto los depósitos de la ciencia, descubriendo nuevos órdenes en las relaciones íntimas de los pueblos y más lejanos horizontes en sus orígenes geológicos y fisiológicos.

La moderna Antropología que estudia las razas americanas á la luz de la ciencia actual, ha de buscarse en los trabajos de Morton, D'Orbigny, Nott y Glydon, Lund, Davis y Squier,

Abott, Wilson, Short, Lacerda y Peixoto, Ameghino, Moreno, Hartmann, Helwald, Hamy, Jiménez de la Espada y otros varios que intentaron ó están empeñados en trabajos parciales de investigación, con los cuales se levantará un día, todavía lejano, el edificio total y completo de la ciencia. Al presente, los materiales, con ser algunos, yacen dispersos ó amontonados, pero en confusa babel; y á mi modo de ver no son bastante completos para proceder á un ordenamiento definitivo, siquier la síntesis se limite á las líneas más generales, como pretendió Morton en su *Crania americana*, y como, según es de presumir, intentará Virchow en la nueva obra que con el mismo título dará muy en breve al conocimiento del mundo científico, si mis noticias son ciertas.

En el estado actual de la investigación científica, aun teniendo en cuenta los excelentes trabajos de la Sociedad de Etnología de New-York, continuados ahora por la de Antropología de Washington, poco más sabemos de lo que nos enseñaron los antiguos sabios españoles; y si es fácil, porque esto lo dejaron hecho, distinguir los pueblos unos de otros, ofrece dificultades, en gran parte insuperables todavía, desentrañar en esta muchedumbre de gentes las unidades étnicas que entran en su composición.

No ha faltado quien estime que los americanos indígenas, desde el estrecho de Behring al cabo de Hornos, constituyen una sola raza con caracteres distintivos propios; y á este propósito nuestro Herrera se expresa así: «Es cosa notable que todas las gentes de las Indias, del Norte y del Mediodía, son de una misma inclinación y calidad, porque, según la mejor opinión, procedieron de una misma parte; y asimismo los de las islas, á las cuales pasaron de la tierra firme de Florida»; y el mismo don Antonio Ulloa escribe: «Visto un indio de cualquier región se puede decir que se han visto todos.» Tales afirmaciones no pueden sorprendernos tratándose de un historiador insigne y de un matemático ilustre, pero que ni uno ni otro fueron naturalistas, cuando el mismo Morton, una de las glorias más preclaras de la Antropología, nos dice: «The native americans are possessed of certain physical traits that serve to identify them in localities the most remote from cach other; nor to they as á general rule

assimilate less in their moral character and usages.» Por el contrario, puede leerse en Molina: «Las naciones americanas son tan diferentes unas de otras como lo son las diversas naciones de Europa: un chileno no se diferencia menos de un araucano, que un italiano de un tudesco»; y en D'Orbigny: «Un peruano es más diferente de un patagón, y un patagón de un guaraní, que un griego de un etíope ó de un mogol.»

Están en lo cierto los últimos: en latitudes tan amplias, climas tan variados, tierras tan distintas por su suelo y por las floras y faunas que sustentan, medios todos tan diferentes, no podía existir en la especie humana una uniformidad que pugna con todas las leyes naturales, y averiguada está hoy con toda certidumbre, no sólo la variedad de razas, según regiones geográficas y pueblos distintos, sino su multiplicidad en las naciones como el Perú y Méjico, que gozaban una relativa civilización en el seno de una vasta unidad política, y su dualidad, por lo menos, en otras de constitución social inferior, que, como los *Pieles-rojas*, columbraban los primeros albores de una civilización incipiente ó se revolvían entre los resíduos de otra ya extinguida.

Averiguado está plenamente que los americanos constituyen un grupo de razas mixtas, y el problema cuya solución persigue actualmente la Antropología, consiste en investigar los elementos étnicos fundamentales cruzados y confundidos al formarse la trama de los variados colores de las razas americanas.

Alguna unidad, sin embargo, se descubre en el conjunto de esta variedad, cuando consideramos á los americanos como un grupo étnico para distinguirle de los blancos, negros ó amarillos del antiguo continente, que justifica la institución de la variedad americana de Linneo, ó la raza cobriza de otros autores. Un examen atento que yo mismo he procurado aplicar á las descripciones que se leen en los autores, á las colecciones de Antropología del Museo de Ciencias naturales de Madrid y del de Historia Natural de París, y á cuantas reproducciones gráficas, fotográficas y aun ejemplares vivientes han podido caer bajo mi observación, me ha permitido distinguir, como caracteres comunes á la generalidad de las razas americanas, una frente chica y baja; hundidos, pequeños y obscuros los ojos;

grande la boca; dilatada la nariz por las ventanas y honda en su raíz; largo, laso, grueso y negro el cabello, escasa la barba y depilada la piel; la color, obscura con variedad de tonos, las más veces como la del membrillo cocido; la contextura física, robusta y fuerte; el temperamento, bilioso y sobrio; y en la constitución social, la costumbre es el régimen ordinario; atributos éstos insuficientes para construir la unidad del hombre americano, negada, al parecer, por la naturaleza; pero que considerados en las variadas razas de América, nos permiten imaginar un tipo distinto del etíope, ó del caucásico y aun del mogol.

Pero con ser muy generales estos caracteres, no son siempre constantes. Molina asegura que los boroanos, en las provincias araucanas de Chile, «son blancos y tan bien formados como los europeos del Norte»; á la raza blanca pertenecen, según Quatrefages, los koluchos, habitantes en la parte norte de la costa del Pacífico; Bartram describe algunas jóvenes de los cherokises, «tan blancas y bellas como las muchachas de Europa»; y Humboldt atribuye el mismo color blanco á los guanariboes, guanaros, guayacas y maquiritarés, que por sí mismo tuvo ocasión de visitar en las orillas del alto Orinoco. Sabido es cuánto varía el color en una misma raza, y la dificultad de apreciarle es tal, que con haber reunido á todos los americanos en una sola llamada cobriza por su color, puede leerse, sin embargo, en M. Culloh: «Y can further testify that among the individuals of many different tribes that are come under my observation, Y have never seen á copper colored man.» Para Humboldt los americanos son castaños, para otros de color rojo, y no se puede negar que son de tinte negro ciertas tribus de California, y de un amarillento más ó menos rojizo, como vió D'Orbigny, la extensa nación de los guaraníes; pero nadie está más en lo cierto que nuestros historiadores cuando toman el color canela y el de membrillo cocido por el más general y propio de la raza americana en la mayoría de sus pueblos.

El carácter más permanente se refiere al cabello, constantemente laso, grueso, fuerte, muy suelto y de color negro ú obscuro, cabello mogol en una palabra, desde el estrecho de Behring al cabo de Hornos, siempre persistente y tan abundante como es ralo y escaso el pelo del cuerpo y de la barba, apenas

pujante en la barbilla y en los extremos del bigote. Y esta escasez es de naturaleza, aunque es verdad que tienen la costumbre de depilarse, porque se consideran, hombres y mujeres, más hermosos cuanto más lampiños. Los yuracarés, sin embargo, tribu de la pendiente oriental de los Andes de la Bolivia, tienen, según D'Orbigny, la barba tan cerrada como los europeos, y en esto se funda principalmente Quatrefages para incluirlos en su gran tronco de sangre blanca; Laperouse cita ejemplos de su abundancia, como también Molina, quien supone la de algunos chilenos tan espesa como la de los españoles, y con esto no queda bien parado De Paw cuando afirma que los americanos carecen enteramente de barba.

Varía mucho la nariz, aguileña en los iroqueses: más aguileña todavía en las figuras de Palenque, según Humboldt pertenecientes á una raza ya extinguida, porque difieren mucho por lo saliente de este órgano, de los indios de ahora, que lo presentan más pequeño y chato en ocasiones, y aun de los figurados en los barros de la pirámide Teotihuacán; pero Morton se inclina á creer que la protuberante nariz de los palenquinos es un convencionalismo del arte. Cuestión esta análoga á la del ángulo facial de las estatuas clásicas del arte griego, tan debatida en Antropología y aun en el Arte.

No es menos variable la estatura, porque dejando aparte las exageraciones de Pigafeta respecto de los patagones, tan creídas del vulgo, siempre inclinado á lo maravilloso, no hay motivo para desechar entre otros los datos del comodoro Byron, según el cual, de quinientos patagones observados en conjunto, los más pequeños tenían cuatro pulgadas más que sus marineros, y las observaciones, ya científicas, del capitán Wallace, que midió muchos, la mayor parte de cinco pies, diez pulgadas inglesas, á seis pies; uno de seis pies siete pulgadas, y varios de seis y cinco. También alcanzan buena talla muchos pieles-rojas, y bastará citar los muscogíes, que, según Bartram, todos son atléticos, muchos de seis pies; tallas todas las citadas sólo referidas de los hombres, porque las mujeres siempre son más bajas, hasta el punto que las muscogíes observadas por Bartram no pasan de los cinco pies. En cambio, los peruanos, aunque fornidos, son bajos, un metro quinientos noventa y siete mi-

límetros les asigna D'Orbigny como talla media, y los esquimales se cuentan entre los más pequeños de los hombres conocidos.

Las proporciones de la cabeza varían de un modo extraordinario también, aunque en América como en todas partes nos ofrecen caracteres muy seguros para distinguir las razas. Por lo conocido hasta hoy, si no puede asegurarse, con la escuela americana de Antropología, que los pobladores del nuevo continente son braquicéfalos, tampoco puede negarse, por los datos tomados hasta el presente, que esta forma de cráneo, corto y ancho, es la más dominante, no obstante que en calaveras antiguas y en pueblos enteros de la época colombina se tropieza con la dolicocefalia aislada alguna vez, como en los botocudos, dominante otra, como en los iroqueses, y más generalmente confundida con la braquicefalia, como en el Perú y en Méjico.

La índole de esta exposición no nos permite considerar otros caracteres físicos menos importantes que los anteriores, aunque no ciertamente despreciables, y nos obliga además á condensar los intelectuales, morales y sociales en breves palabras.

Mucho se ha discutido acerca de las aptitudes para la civilización atribuídas á las razas americanas. De la frente baja y aplastada que, según Humboldt, es carácter constante, y de la poca capacidad cerebral señalada por otros no falta quien deduce las más desfavorables consideraciones. En cambio, el docto historiador de Méjico y distinguido representante actual de aquella república española en Madrid, Sr. Riva Palacio, en su magna obra, suponiendo en los antiguos cráneos indios mejicanos un molar menos que en las demás razas del mundo, deduce, por la relación inversa del desarrollo existente entre el aparato cerebral y el mandibular, que es la raza indígena mejicana la primera del mundo por su capacidad intelectual. Al presente está sólo bien observado un retraso en la aparición del último molar de las razas civilizadas respecto de las salvajes, y porque sale ya en buena edad, se suele llamar *del juicio* esta muela entre los españoles; mas no se puede afirmar si este retraso se debe al mayor desarrollo cerebral ó al menor incremento del aparato mandibular, por razones fisiológicas acentuadas cada vez más por la herencia, notado casi siempre en los

pueblos donde son frecuentes los alimentos condimentados y cocidos, que necesitan menos esfuerzos de masticación para ser deglutidos.

No es, pues, el número de los molares seguro indicio de la capacidad intelectual de un pueblo; y que los indios mejicanos tuvieren sólo cuatro á cada lado y en cada mandíbula, es fenómeno bastante importante para esperar su confirmación.

Pero si este dignísimo representante de Méjico, movido por sentimientos tan dignos de alabanza, recaba para la gran raza indígena de su país puesto intelectual tan preeminente entre todas las del mundo, otro americano de este siglo, el gran antropólogo Morton, no se muerde la lengua para decir: que «The intelectual faculties of this great family (americana) appear to be of á decidedly inferior cast whend compared with those of the Caucasien or Mongolian race», y añadir después en defensa del autoctonismo americano, cuya científica paternidad le corresponde: «The structure of his mind appears to be differend from that of the white man, nor can the two harmonise in their social relations except on the most limited scale» ; opinión en que le precedió nuestro eximio Ulloa, cuando no sólo cree á los indios americanos menos inteligentes, sino menos sensibles que otras razas; aunque esto de la escasa sensibilidad lo convierte Morton en un timbre de honor, asegurando que la mayor gloria de estos indios es saber soportar las privaciones con indiferencia.

Por nuestra parte, ateniéndonos á los hechos, *suprema ratio* en cuestiones de Historia Natural, encontramos en la época del descubrimiento de los pueblos americanos todas las formas sociales conocidas en los del antiguo continente: el estado francamente salvaje en los botocudos y fueguenses, en plena edad de piedra tallada; el bárbaro, nómada ó sedentario, con armas de piedra ya pulimentada, en los pieles-rojas del Norte y en los pampas y guaraníes de la del Sur, y, finalmente, el civilizado, con agricultura, industria, artes y gobiernos regulares, en Méjico y el Perú, cuyo progreso, á la llegada de Cortés y Pizarro, presentaba los caracteres correspondientes en la Antropología prehistórica del antiguo mundo á la fase conocida con el nombre de época del cobre y del bronce, que en Grecia y Asia Menor

fué anterior y contemporánea de la destrucción de Troya, y en Egipto, donde los maravillosos descubrimientos modernos nos permiten seguir gradualmente las sucesivas fases de la evolución social, nos remontan por lo menos á tiempos anteriores á Menephtha, en 1450 antes de nuestra era. Tan cierto es que en todas partes la humanidad ha seguido la misma carrera, aunque ajustándose á las condiciones especiales del medio donde se desenvuelven las condiciones de su propia vida; y á nadie podrá sorprender que la civilización americana no llegue más allá del período del bronce, al terminar el siglo XV, si se detiene á pensar como aquellos pueblos no pudieron utilizar, porque no vivían en aquel continente, las palancas más poderosas de la evolución progresiva de la civilización europea y asiática, la domesticación de los grandes rumiantes y paquidermos, que vigorizaron la naturaleza humana, cambiando las condiciones de su alimentación, y prestaron á la agricultura, á las artes y á la totalidad de la vida social, cantidades de fuerza útil y elementos de comunicación desconocidos en absoluto de los americanos, si se exceptúan los peruanos, que domesticaron la llama y la vicuña, primeros motores de su superior civilización, y de algún modo pudieron suplir los más poderosos auxilios que en el antiguo continente prestaron al hombre el toro, la oveja, la cabra, el caballo y el asno con sus híbridos.

*
* *

En los momentos actuales de la ciencia no creemos posible presentar un cuadro de clasificación de las razas americanas ajustado á los principios del método natural, y en los reducidos límites de una conferencia tampoco cabe la historia natural de cada una de ellas, como pide la índole de este trabajo, el título de esta conferencia y el tema á que venimos forzados. Pudiera bastar con las generalidades ya expuestas; pero acaso con poner aquí punto final defraudaría las legítimas esperanzas del Ateneo, y aun á trueque de abusar de vuestra benévola paciencia, algo he de contar, con brevedad y concisión, de la historia natural particular de cada una de las razas más importantes.

Entre todas las de América se distinguen las de los botocudos, fueguenses y esquimales, por su salvajismo análogo al de los austriales ó al de los hotentotes, y también por la forma de su cabeza, semejante en buena parte de sus facciones. Los tres pueblos son dolicocéfalos ó de cabeza larga, y á la vez hipsistenocéfalos, es decir, elevada en su diámetro vertical, y los tres, aunque en grado distinto, son de rostro ancho, ojos un tanto oblicuos, boca grande y pelo grueso y liso como los mogoles. No hay, pues, armonía entre la cabeza y la cara; señal esta por donde se adivinan las razas cruzadas, y como existen motivos muy fundados para asegurar la mayor antigüedad de estas tres razas americanas sobre todas las vivientes en aquel continente, síguese de aquí que la superposición y cruzamiento de las razas en América se remonta á tiempos antiquísimos, imposibles de apreciar en el estado presente de la ciencia, pero de algún modo determinados recordando la semejanza de los cráneos fósiles de Lagoa Santa, descubiertos por Lund, con los de los actuales botocudos, y la positiva analogía de las calvarias fueguenses con las descubiertas por el Sr. Moreno en los antiguos paraderos de la Patagonia, que Topinard refiere también á los esquimales.

Y no hay en esto maravilla alguna, si es cierto, como este último antropólogo afirma, que en las cavernas antiguas del Perú se encuentran dolicocéfalos de un tipo diferente al de la época colombina; y aun cuando esto no fuera, se guarda en la Sociedad de Antropología de París el álbum de fotografías de la América Sud-Austral, presentado por el Sr. Moreno en la exposición de 1878, en donde se ven varios dolicocéfalos, algunos de tipo neandertaloide, y esta es la forma de cráneo reconocida también entre los más antiguos, descubiertos en el Misuri, por Mr. Conant. Colígese de aquí la remota antigüedad de la población americana y la fuerza de expansión de la raza de Neanderthal, la más vieja entre todas las europeas hasta el presente descubiertas, cuyas formas encontramos en Europa contemporáneas del mamut y del oso de las cavernas; antiquísimas en los paraderos de la Patagonia y en los aluviones del Misuri, y actuales en Australia en la tribu de Adelaida.

Han estudiado los botocudos en la sierra de Aymorés, donde en la actualidad están confinados, los Sres. Lacerda, Peixoto y

Rey, y á los caracteres expuestos puede añadirse que tienen el color obscuro, ferruginoso, las espaldas fornidas, el vientre abultado, pero los miembros flacos y débiles. Marchan inclinando adentro las puntas de los pies, no usan vestido ni cubierta alguna, se pintan y taracean el cuerpo, especialmente la frente, y los portugueses los llamaron así porque se agujerean las orejas y el labio inferior, dilatando estos agujeros con rodajas de madera ligera que alcanzan hasta seis centímetros de diámetro, denominadas *botoques* en el idioma de nuestros hermanos.

Viven reunidos por familias en chozas de ramaje, ordenadas en semicírculo en la cercanía de algún bosque, y se alimentan de los frutos y raíces de los árboles, y aun más de la caza, perseguida á flechazos con saetas de madera simplemente aguzadas. Son polígamos; tienen por cierto que sus guerreros ancianos se convierten á su muerte en yaguaratés; creen en un gran espíritu bienhechor y en otro genio del mal, y caminan rápidamente á su extinción, refractarios como parecen á las artes más rudimentarias industriales ó agrícolas.

No es más envidiable la suerte de los fueguenses, habitantes en una y otra de las inhospitalarias orillas del estrecho de Magallanes. Moran también en chozas situadas en las orillas del mar, y en cuyo interior mantienen, como en sus canoas, toscamente construídas, constante fuego reparador de los fríos rigores del clima. Se abrigan con pieles de foca ó de nutria, colgadas á la espalda, y llevan desnudo el resto del cuerpo, cuyo color es cobrizo: sólo las mujeres guardan oculto por un jirón triangular de piel de nutria aquello que la honestidad ha querido, aunque no siempre, que se cubra. Se adornan con collares y brazaletes de conchas, y de los moluscos de éstas y de peces, que persiguen con arpones de hueso y con redes, se alimentan principalmente, aunque los varones se entretienen de contínuo ayudados de sus perros, en cazar la nutria, animal abundante en aquellas costas, y también los patos, valiéndose de hondas y flechas armadas de puntas de piedra, como fué uso de los más primitivos habitantes de Europa.

Está probado hoy, que los esquimales no sólo pueblan la Groenlandia, las orillas del Labrador y una estrecha faja además

en la costa Norte, prolongada del uno al otro Océano, sino también, del otro lado del estrecho de Bering, la extremidad oriental del Asia, desde la bahía Koliutchin hasta el golfo de Anadyr, y como esto lo confirma también la lingüística, diciendo con Maury que los dialectos esquimales «peuvent etre considerés comme opérant la soudure entre les idiomes de l'extremité orientale de la Siberie et ceux de la partie boreale du Nouveau Monde», toda discusión acerca de la posibilidad de comunicaciones entre Asia y América puede considerarse terminada; bien que, además, los kamstchadales se ven hoy en las islas Aleutinas, y hasta en la misma punta de Alaska, donde se confunden con los esquimales, alterando sus caracteres físicos.

Por esta habitación asiática, y más que nada por su cara redonda y ancha, y sus ojos medio cerrados, se incluye la de los esquimales entre las razas mogólicas generalmente; mas aparte de encontrarse sus vestigios en la meridional América, como antes hemos indicado, á nosotros nos toca por lo menos mencionarlos, desde el momento en que se trata de un pueblo indígena de la América precolombina.

Por debajo de los esquimales, en el dilatado territorio que desde el Yukon y la bahía de Hudson se alarga hasta la punta de la Florida y el río Grande de Méjico, y desde el Atlántico se ensancha hasta el Pacífico, ó, por lo menos, hasta la cordillera Roqueña, discurrían, nómadas las más, sedentarias algunas, aunque sin límites fijos, pero guardando todas ciertas posiciones regionales, las numerosas tribus que se designaron con el nombre de *pieles-rojas*, aceptado por la ciencia antropológica.

Tal conjunto de pueblos diferentes no puede ser, sin recelo al menos, aceptado como una sola y misma raza. El mismo Morton, tan partidario de la unidad en la raza americana, que determina por el cráneo redondo, alto, corto, aplastado en el occipucio, tantas veces repetido por sus líneas fundamentales en los excelentes grabados de su *Crania americana*, nos enseña en este monumento de la Antropología que «The native cast of the Allegany mountains (the great Lenape stock, the Iroquois, and the Cherokees) have the head more elongated than any other americans. To the west of Mississipi we again meet with the elongated head ni the Mandans, Ricaras, Assiniboins

ands ome other tribes»; y en efecto, en las tribus llamadas *pieles-rojas* hay dos tipos bien distintos, uno dolicocéfalo y otro braquicéfalo. Si se comparan los pueblos desde la costa del Pacífico hasta el Atlántico en esta región, se observa un hecho de mucha importancia para averiguar los orígenes geográficos: la cabeza corta se encuentra constantemente en la costa del Pacífico sin mezcla alguna hasta la California, y la larga predomina de tal modo en el Oriente á uno y otro lado del San Lorenzo hasta los Alleghany, que puede considerarse como el tipo de esta comarca. Uno y otro tipo cefálico se encuentra en las mismas tribus de las orillas del Mississipí, del Misuri y del Ohío, predominando casi siempre el primero, tanto más general en el Canadá y en el río Colorado, cuanto más al Occidente. Son los braquicéfalos los más, y como esta es la forma más ordinaria en los pueblos del Asia Oriental, podría deducirse que de ésta proceden, mientras que los dolicocéfalos, menos extendidos y más confinados al Oriente, pudieran considerarse originarios de la Europa Occidental, donde este tipo es predominante, cuando no único. Tiene esto analogía con la dispersión de la flora, y aun de la fauna, si bien se considera, y siento que me falte espacio para ensayar la demostración.

El nombre de *pieles-rojas* se aplicó primeramente á las tribus de Levante, y, naturalmente, se extendió á cuantas discurren hasta los montañas roqueñas. Más allá, entre la costa del Pacífico y esta cordillera, á partir de la península Alaska, poblando los archipiélagos de la costa, viven los koluchos, pueblos de raza blanca, según Quatrefages, aunque salvajes y del grupo de los alófilos como los indonesios.

De la familia de los *oregones*, que desde Colombia baja hasta California, entre sus muchas tribus puede citarse la de los nayas y la de los chinukos: los indios de la primera, frente á la isla de Vancuver, llevan como los botocudos rodajas de madera en los labios y en las orejas; pero son hospitalarios, conocen el arte del tejido y adornan sus pipas con barros toscamente esculturados en forma de hombres y animales. Los chinukos, tribu la mejor estudiada del Oregón, se reconocen por su talla mediana, color parduscó, y sobre todo por la deformación artificial antero-posterior de su cráneo, que con ser más pronunciada acaso

que en ningún otro pueblo donde se practique tan extravagante costumbre, no altera sus facultades intelectuales, como lo de muestran algunos de sus individuos, ya dentro de la civilización cristiana, ejerciendo con reconocido mérito su profesión de abogado en las populosas ciudades angloamericanas.

La California estaba en la época precolombina habitada por un conjunto de pueblos muy distintos por su raza y por sus costumbres bárbaras. Ya Laperouse observó el color negruzco de algunos costeños, que Stephen Powers, en las *Contrib. to North. Amer. Ethnol.* editadas por el Gobierno norteamericano, confirma diciendo: «The faces are-broad and black..... and shinnig with an ethiopian unctuousnes.» Mas estos negros tienen los ojos oblicuos y el pelo largo y rollizo de los mogólicos, de donde se colige su mesticidad de una raza de este tronco y otra negra que pudiera ser primitiva, ó derribada en aquellas costas por las corrientes del Pacífico desde la Micronesia, adonde, como parece fuera de duda, llegaron los papuas. Esto quiere Quatrefages, y puede admitirse sin dificultad. La tengo yo en cambio para convenir con él en el tipo blanco de los makelchelos; más probables son los rastros de sangre polinesia en California reconocida por M. Cessac, porque si llegaron los papuas, mejor pudieron ser arrastrados los polinesios, por más navegantes. Todo bien pesado, no es posible encontrar hoy todavía el hilo de Ariadna que nos guíe en el dédalo y confusión étnica de esta comarca. Bancroft, en su obra colosal de Etnografía, divide los californios en cuatro grupos: los del Norte, del Centro, del Sur y los *shoshones*, habitantes, estos últimos, entre la Sierra Nevada y la cordillera Roqueña, y son los mismos que Buschmann, fundándose en analogías lingüísticas, refiere á los nahuas de Méjico.

Los californios del Norte son de color canela, altos, musculosos y bien formados, el rostro es oval y la nariz recta; los del Centro, pequeños, negros, chatos y de labios gruesos; y los del Sur, más parecidos á sus vecinos del Colorado, cuentan tribus de cráneo corto y talla elevada como la de los yumas, que merece al menos citarse, por sus formas atléticas y el vigor salvaje de su robusta constitución, no menos que por sus extrañas costumbres, tan bien descritas por Ten Kate.

Ningún otro pueblo entre los americanos del Norte ocupa un territorio tan extenso como el *atabaska*. Desde las montañas Roqueñas á la bahía de Hudson, y desde el lago de los Esclavos al Superior, discurrían sus guerreras tribus, los *castores*, las *liebres*, los *osos*, que estos ú otros nombres de animales adoptan para distinguirse; y aun se ha visto que más al Sur, entre el río Colorado y el Grande del Norte, los famosos apaches, cuya tribu nómada de los navajos comprendía, hasta hace poco, no menos de 16.000 individuos, pertenecen al mismo pueblo atabaska. Son estos indios de un color café un tanto amarillo, café con leche, más bien altos, enjutos y de extremidades inferiores muy robustas, y tienen el cráneo muy corto y aplastado en el occipucio. En el Canadá su nación más importante es la de los chipiwayos, que defendió con no menos bravura que astucia su territorio, así de los franceses como de los ingleses.

Entre estas dos grandes ramas de los atabaskas, desde el Mississipí á las montañas roqueñas, siguiendo la cuenca del Misurí habitaron un gran número de tribus como la de los dakotas yowayos, osages, omahas, konzas, mandanos, ponkas, etc., conocidas con el nombre colectivo de *siús*, de alguna de las cuales existen todavía restos de donde se sacan ejemplares exibidos después en los jardines zoológicos de Europa.

Sin negar la evidente semejanza de sus costumbres, se puede advertir alguna variedad en sus caracteres físicos. Así los siús, propiamente dichos, son pequeños y feos, mientras los omahas son altos y de buen aspecto; el cráneo también ofrece diversidad de formas aun en una misma tribu, donde la braquicefalia y la dolicocefalia se observan indistintamente, y por ende, aparece la mesaticefalia, aunque la primera puede en la mayor parte de las tribus considerarse predominante. Generalmente sucede lo mismo con el color, pardo, pero con un matiz, ahora rojo más ó menos pronunciado, ahora blanco más ó menos tostado, y con la nariz, recta en unos individuos, aguileña en otros; pero todos convienen en los pómulos salientes, la boca grande, la frente baja, las mandíbulas desarrolladas, y en otros caracteres generales á los pieles-rojas. Parece como si en esta vasta comarca del Misuri se hubiesen encontrado y confundido las

razas braquicéfalas del Norte y del Occidente con las dolicocéfalas del Oriente antes mencionadas.

Otro tanto acontece con las tribus que se han llamado del Mississipí y ocupan la ribera izquierda de este caudaloso río, corriéndose hacia el Oriente hasta alcanzar la Florida y la costa del Atlántico: la confederación de los *crikos*, cuyo pueblo primitivo era el Muscogí, los seminolas, los natchez, chactas, yamasis, etc., aun cuando la mayor parte tienen la cabeza pequeña y braquicéfala, otros la presentan alargada, y en general ofrecen la variedad de caracteres que hemos apuntado en el grupo anterior.

Entre las Carolinas y el Labrador, el Atlántico y los grandes lagos, siguiendo las riberas del Ohío y las faldas de los Alleghanys, habitó un grupo de pueblos generalmente dividido en dos familias por los etnólogos; los iroqueses y los algonquinos ó lenapes. Los primeros son los dolicocéfalos mencionados, superiores por su constitución, así física como moral y social, á todos los americanos del Norte, formaron la *Confederación de las Cinco naciones*, cuyo dominio se extendió desde el Canadá al Alabama, sometiendo á los algonguino-lenapes, procedentes del Norte, según Mr. Hale, el famoso lingüista norteamericano, y en los que el cráneo largo se encuentra confundido con el corto, aunque aparece las más veces piramidal por las deformaciones artificiales, tan generales en los pueblos bárbaros.

Los iroqueses propiamente dichos, mohawos, senecas, hurones, cherokises, tuscaroras, onondagas, etc., y probablemente también los delevares, á quienes Morton asigna un cráneo alargado, son tribus pertenecientes al primer grupo; y se cuentan en el segundo los algonquinos, lenapes, abenaquis, etc., popularizados por las conocidas novelas de Cooper.

Todavía se suele incluir entre los pieles-rojas á los llamados *indios pueblos*, descendientes, según parece (aunque los actuales suelen refugiarse bajo tiendas de campo), de los ingeniosos inventores de aquellas extrañas y regulares construcciones agrupadas á la manera de las celdas de una colmena, que los españoles designaron naturalmente, porque lo eran, con el nombre de *pueblos*, después aplicado á sus habitantes, y descendientes también, según se cree, de los *cliff-dwellers* ó habitan-

tes de las rocas, cuyas moradas, elevadas en las alturas de los escarpes, estudian hoy con tanto interés los prehistoriadores en los *cañones* del Colorado y Arizona.

Son estos indios de color pardo-amarillento, de buena estatura, cara regular, nariz prominente, recta ó aguileña, y cráneo corto y ancho, casi cúbico. Quatrefages asegura que estos cráneos, de forma bien característica por cierto, son numerosos en las antiguas tumbas de olmecas, mistecas, zapotecas y yucatecas; parecidos, aunque en más corto número, se han visto entre los muizcas y peruanos, y más al Sur, en los aucas, puelches y charruas. La tribu más importante de estos *pueblos*, ó mejor, *pueblenses*, es la de los comanches, nómadas por Nuevo Méjico y por Tejas, empujados desde el Norte por los apaches.

Si se distinguen de algún modo por sus caracteres físicos, los distintos pueblos enumerados entre los pieles-rojas se parecen en cambio bastante por los intelectuales y sociales, tan perfectamente estudiados por Schoolkraft, Catlin, Ten Kate, Drake's y Hale.

Reducidos á la caza por todo sustento, en persecución del ciervo y del bisonte, corrían nómadas por las inmensas praderas, refugiándose en grandes tiendas de pieles (*wigwams*), distribuídas en compartimientos, donde se alojan las distintas mujeres de estos indios, por lo general, aunque no siempre, polígamos.

Las mujeres recogen y cargan con las tiendas y utensilios de todo género en las largas marchas á que les forzaban los apremios de la guerra ó del hambre, y es para ellas todo el trabajo, así público como doméstico, de la tribu. El hombre se cuida sólo de sus armas, de la caza y de la guerra. El arco con flecha armada de punta de piedra, la maza de madera, el hacha de piedra ó de cobre y la lanza fueron sus armas, que las pocas tribus todavía restantes han trocado por los fusiles llevados por el comercio de los angloamericanos á sus apartadas mansiones. Atacan al enemigo insidiosamente: la sorpresa y la traición son un honor y un timbre de gloria, sin que esto estorbe, cuando llega el caso, un valor llevado hasta la ferocidad, y una cierta generosidad con sus huéspedes en tiempo de paz. El *escalpe* es la costumbre más singular del guerrero *piel-roja*, que apenas mata y derriba á su enemigo le arranca diestramente, la cabe-

llera con el casquete de piel donde brota; y esta larga melena de su enemigo, colgada á la puerta de su tienda, constituye el trofeo más estimado y más glorioso, suspendido también de su cintura en las grandes solemnidades de su borrascosa existencia.

Se *tatuan* ó taracean la piel en muy distintos sitios, según las tribus, y casi todas los varones ostentan, fieros y orgullosos, una marca, ya en la cara, ya en el pecho (*totem*), como el signo distintivo de su nacionalidad. De sus animales de caza, vestían los cueros y las pieles, que pintaban con colores vivos, así como el propio rostro y los brazos y el busto, cuando le ostentaban desnudo alrededor de las grandes hogueras en sus danzas al sol y á la luna, plácidas éstas, terribles y sangrientas aquéllas. Sus adornos más preciados consistían en collares y brazaletes de conchas ensartadas, ó simientes rojas, ó huesos y dientes de animales, y en el bonete de guerra, empenachado de plumas, generalmente de águila, cuyo número y disposición graduaba la categoría y dignidad del jefe que las ostentó.

Creían en un *gran espíritu* creador y en genios á manera de las divinidades de nuestras mitologías europeas, y era entre ellos frecuente también el culto al sol y á la luna. Los jóvenes de ambos sexos, al llegar á la edad de la pubertad, retirados al fondo de la selva, se preparaban con prolongados ayunos á las iniciaciones misteriosas de la guerra ó del amor. Su nación era la tribu; el jefe, elegido democráticamente, el más valiente, ó aquel que con más astucia llevó á sus compañeros á la victoria. Gozaba de poca autoridad durante la paz; se escuchaba el consejo de los ancianos, y en ocasiones, cuando las cualidades personales de aquél fueron muy relevantes y no menores sus servicios á la tribu, lograba transmitir su autoridad al mayor de sus descendientes. Entre los iroqueses se formó una verdadera confederación; bien que algunas de sus tribus cultivaron el maíz, y logrando así fijar su residencia, adquirieron una constitución social más robusta, que les permitió dominar á sus vecinos y gobernarse mediante asambleas que intervenían en el poder público.

Los cherokises, pueblo de cráneo dolicocéfalo, fué realmente agrícola y aun civilizado, si ciertamente conoció un alfabeto silábico.

Schoolcraft, en su extensa obra, publicada por acuerdo del Congreso de Wáshington, ha recogido de estos pueblos tradiciones referentes á su origen ó á sus hazañas, y merecen citarse, por su brillante poesía mitológica, la del mancebo de color verde y de verde vestido que les enseñó el cultivo del maìz, y la del dios ó genio protector por cuya intervención llegaron los iroqueses á constituir su federación política.

Al atravesar el Río Grande de Méjico para subir á las mesetas del Anahuac, pasamos del período de la piedra al de los metales. Una civilización análoga á la representada por las armas de cobre y de bronce en la Europa antigua, aunque ajustada á las condiciones de un medio distinto, aparece en la Sierra Madre de Nueva España y se continúa hasta el desierto de Atacama, más allá de Bolivia, bajo dos fases diferentes, representadas por dos pueblos distintos, los mejicanos y los peruanos, ni el uno ni el otro formados por una raza uniforme, sino por un conjunto de elementos étnicos todavía no bien definidos.

Ya los historiadores, fundándose en tradiciones ó en monumentos susceptibles de interpretación, nos cuentan las inmigraciones en Méjico y América Central de los mayas, quichés, olmecas, mistecas, zapotecas, toltecas y aztecas ó nahuatlacas, que debieron encontrar allí á los tarascas y otomíes, según las opiniones de todos, procedentes del Norte, á excepción de nuestro erudito Cabrera, quien coloca al Sur y no al Norte las comarcas originarias de los pueblos invasores de Méjico. Problema es éste todavía no resuelto por la Historia, pero que resolverá la Antropología cuando logre reunir los datos suficientes.

Por de pronto, afirma Short que los *mounds* del Mississipí fueron construídos por los nahuas, fundándose, no sólo en la semejanza de estos terreros y de los *teocalis*, sino también en la de los cráneos encontrados en los *mounds* y los de los antiguos mejicanos, y en el parecido del tipo facial de las esculturas de unos y otros; y aun cuando de esto puede deducirse una corriente de emigración de Norte á Sur, el hallazgo en los *mounds* de armas de obsidiana, piedra de origen y yacimiento mejicano, viene á demostrar el excelente sentido de esta opinión. Nuestro sabio historiador Sahagún, á unos y á otros los cree pro-

cedentes de la Florida, y presiente ya la afirmación de Short.

Muchas opiniones andan escritas sobre la dirección de estas emigraciones y otras americanas, y Hellwald, el famoso antropólogo alemán, ha tratado el asunto, esclareciéndole con todas las luces de nuestra moderna ciencia; mas por lo concerniente á Méjico, merece consignarse la de los señores Orozco y Berra, según los cuales, los nahuas entraron por el 19 y 21° de latitud Norte en la costa del Golfo, emigraron hacia el Sur hasta los 17° y medio, casi en la región de Chiapa, y después, volviendo hacia el Norte, alcanzaron también la costa del Pacífico, á lo largo de la cual extendieron su lengua hasta el 27° de latitud.

Muy loable es que estos modernos sabios mejicanos, y algunos otros, como el Sr. Larrainzar, se ocupen de estos problemas, que á ellos principalmente toca resolver, siguiendo las tradiciones de los antiguos historiadores españoles, y aun de los primitivos mejicanos, por cuanto el P. Durán, en su *Historia Antigua de la Nueva España*, nos dice que «los naturales se creen unos nacidos de las fuentes, otros de las cuevas, algunos creados por los dioses, y los más de otros países venidos». Mas el problema capital para el antropólogo está en averiguar los caracteres físicos de cada uno de estos pueblos, aborígenes ó inmigrantes, que nos citan los historiadores; y forzoso es confesar la obscuridad de su solución, no obstante la opinión de Humboldt, que compara las afinidades étnicas de los inmigrantes mejicanos á las de los germanos, noruegos, godos y daneses. De esperar es que los grandes trabajos recientemente emprendidos acerca de las razas de Nueva España por el ilustrado profesor de la cátedra de Antropología del Museo de Historia Natural de París, M. Hamy, sucesor del gran Quatrefages, nos guíen á esclarecimientos por todos anhelados.

Al presente sólo puede afirmarse que en Méjico en la América central, y en Colombia, en el antiguo dominio de los muiscas ó chibchas, se encuentran cráneos de cuatro tipos distintos: unos, y son los menos, muy largos (dolicocéfalos), que son á la vez muy altos, y responden al tipo antiguo americano, ya mencionado; otros cortos (braquicéfalos), de forma cúbica, semejantes, si no idénticos, á los de los indios *pueblos*, antes descriptos; otros, braquicéfalos, de forma redondeada, parecidos

al famoso cráneo del Scioto, que Morton presenta como tipo de su raza general americana; y otros, dolicocéfalos, de forma ordinaria y nariz recta ó algo achatada.

¿Cuál de estos tipos es el predominante? Para Quatrefages el *pueblense*, cuya raza es la madre y el núcleo, la parte principal en la población mejicana, muizca y aun peruana; mas en la *Crania americana* de Morton todos los cráneos mejicanos allí figurados son braquicéfalos, del tipo del Scioto, menos el de Acapaungo, que parece alargado; y Luciano Biart, en su monografía de los aztecas, nos describe á éstos como dolicocéfalos de mi cuarto grupo. He aquí sus palabras: el azteca «est de taille moyenne, trapu, avec de membres bien proportionnés. Dolichocéphale, il a le front étroit; le nez camard, les yeux noirs, la bouche grande, les lèvres charnues et de couleur violacées; les dents blanches, courtes, bien rangées, admirablement enchassées dans des gencives rosés. Ses cheveux sont noirs, épais, rudes: sa barbe est rase. La couleur de sa peau est terne, cuivrée..... Les deux sexes ont un caractére comun: la petitesse des extremités. Il est à remanquer que, contrairement aux toltéques, ce peuple ne se déformait le crâne qu'accidentellement.»

Resulta, pues, que si la masa de los naturales de Méjico pudo ser braquicéfala, el pueblo dominador y representante de la última civilización precolombina, siquier fuese ésta de origen tolteca, era dolicocéfalo, y por lo tanto, distinto, por su raza, del *pueblense*, y de estatura mediana, lo que le aleja algo de los iroqueses dolicocéfalos.

En el antiguo imperio del Perú por el contrario: la raza dominante, la familia de los Incas, es de cráneo corto; así al menos lo establece Ruschenberger, quien modernamente ha medido y estudiado un buen golpe de cráneos de pura raza inca, exhumados del famosísimo templo del Sol de Pachacamac, ya descrito por Herrera; y por los datos hasta el presente conocidos, se tienen por braquicéfalos los dos tercios, por lo menos, de los cráneos encontrados en el Perú. A este tipo pertenecen, no sólo los incas, sino también los chimús, pueblo al que tanta influencia atribuyen algunos en la civilización peruana. Claro está que hay cráneos largos; mas ¿son todos del tipo primitivo,

ó existe alguna forma posterior de cabeza prolongada, parecida á la azteca?

Dificultan mucho el estudio de los cráneos peruanos las deformaciones artificiales, en ellos tan frecuentes, sean antero-posteriores, análogas á las de Méjico, según Garcilaso anteriores á los incas, ó sean alargadas, como la bien conocida, y llamada de los aymaras, que Pedro de Cieza, en su *Crónica del Perú*, dada á conocer por el Sr. Jiménez de la Espada, describe perfectamente, contando además el modo de practicarla en su tiempo en las provincias de Anzerma y Quimbaya.

En las momias y cráneos aquí presentes, que pertenecen á la colección de Antropología de mi cargo en el Museo de Ciencias naturales de Madrid, y proceden de la expedición al Pacífico, llevada á cabo por los Sres. Isern, Amor, Almagro, Martínez y Jiménez de la Espada, pueden observar esta deformación los señores que tienen la bondad de escucharme.

D'Orbigny señala cuatro pueblos en el Perú: quichuas, aymaras, atacamas y changos; pero fácil es ver en ellos la misma raza *Indo-peruana*, descrita así por tan sabio naturalista: «Couleur brun-olivâtre plus ou moins fonçée. Taille petite. Front peu elevée ou fuyant; yeux horizontaux, jamais bridés à leur angle exterieur.» Están aquí incluídos los peruanos, los andenses y los araucanos, todos de la misma raza para el antropólogo citado, aunque de ramas distintas. De los primeros puede añadirse, para distinguirlos, que tienen la cara ancha y oval; la nariz larga y aguileña; la córnea algo amarilla; el tronco muy largo con relación á las extremidades, y recio de conformación; y la fisonomía seria, reflexiva y triste.

Cuanto á los caracteres intelectuales y sociales de los mejicanos, muizcas y peruanos, no nos hemos de ocupar ahora. Oradores de reconocida sabiduría en las cosas de América nos contarán la historia de estos pueblos, y aunque la historia de la civilización de un pueblo comienza allí donde acaba su antropología ó historia natural, la una y la otra se confunden en sus límites, y mutuamente se invaden de continuo, y cuando de los pueblos civilizados de América se trata, resultan estas mutuas invasiones ineludibles y hasta necesarias. Por otra parte, el tiempo me lo impide; y cuando no, tendría que repetir las na-

rraciones de nuestros historiadores de América, tan conocidos de todos vosotros; y por lo que al Perú toca, ¿habría que hacer más que reproducir, extractando, lo mucho, excelente y nunca bien ponderado en nuestros días dado á conocer por mi sabio compañero del Museo de Ciencias naturales, D. Marcos Jiménez de la Espada?

Al oriente de los Andes peruanos y bolivianos, en la región húmeda y cálida de los bosques, vivían, repartidos en tribus salvajes, en miserable estado, algunos pueblos hoy reducidos á mejor condición en las misiones sostenidas por los religiosos católicos. Con ellos formó D'Orbigny la rama *andense* de su raza *Ando-peruana*, que comprende los yuracarés, mocetenes, tacanas, maropas y apolistas, entre otras tribus menos importantes, de las cuales describe sus caracteres físicos y sus cos tumbres, ya referidas antes por Doblas en su *Memoria histórica de la provincia de Misiones*. Están mejor conformados que los peruleros, y su cuerpo, robusto y esbelto, no desmerece por sus proporciones del de las razas europeas. También tienen un color más claro, casi blanco en los yuracarés, cuya nariz suele ser aguileña y su barba poblada, en términos que Quatrefages los deputa como blancos de raza. Valientes y alegres vivían en cabañas aderezadas con troncos de árboles y hojas de palmera; mas eran crueles con los ancianos, á quienes abandonaban á su suerte, supersticiosos, violentos y muy dados á la embriaguez. En la actualidad, bajo el régimen paternal de los misioneros, cultivan el suelo, tejen el algodón y han trocado su ferocidad en cristiana mansedumbre, aunque no han perdido su carácter supersticioso.

Por debajo del desierto de Atacama, siguiendo la cordillera de los Andes, se extienden los indomables araucanos ó aucas, cuyo ánimo valeroso inspiró la musa de Ercilla, y mejor que una rama de la raza Ando-peruana como D'Orbigny quiere, constituyen una división de la *Pampense*. Ciertamente tienen el color oliváceo como los peruleros, pero más claro, y son algo más altos y mucho más robustos; difieren todavía más en su cráneo voluminoso, la nariz chata, los pómulos salientes y el rostro lleno y redondeado. Guerreros y nómadas, son, además, pastores, y gozan de gran predicamento en sus tribus los orado-

res y los poetas. Se pintan la cara y adornan con collares, y, para la guerra, revisten el tronco con cota de cuero. La tribu reconoce un jefe solo para las campañas militares; y de los pehuenches escribe Molina: «Viven como los árabes beduínos, en tiendas hechas de pieles dispuestas circularmente alrededor de un espacioso campo donde apacentan sus ganados. Cambian continuamente de sitio, recorriendo los valles de las cordilleras.....»

De semejante género de vida disfrutan sus vecinos los pampas, que recorren sin cesar el inmenso territorio así llamado de la República Argentina dispersos en varias tribus descritas por Azara, nuestro sabio zoólogo. Según este insigne naturalista español, los indios pampas fueron apellidados querandís por los conquistadores, y se dan á sí mismos el nombre de *puelches*. De los cuales *puelches*, dice Azara: «Creo que su estatura pasa á la española, y me parece que su totalidad, no sólo es más membruda que la de todos los demás indios, sino que su cabeza es más redonda y gruesa, la cara más grande y severa, los brazos más cortos y el color algo menos obscuro. No usan arcos, ni flechas»; pero, añado yo, usan, como armas de campo y guerra, las *bolas* ó *boleadoras*, que manejan con gran destreza.

Descripción tan bien y tan exactamente ajustada á los métodos antropológicos, nos permite distinguir á estos puelches, como lo ha hecho en nuestros días el Sr. Moreno, de los patagones ó tehuelches, que, vestidos de pieles, recorren el inmenso territorio, del cual toman nombre, á los cuales se parecen por su género de vida y se mezclan por cruzamientos entre las tribus vecinas; pero su elevada estatura y cráneo largo los distingue como una raza distinta y más próxima á los fueguenses.

Al nordeste de los pampas, en las riberas del Uruguay, conoció el Sr. Azara á los terribles charruas, antes exterminados que sometidos, de color muy obscuro, casi negro, gruesa la testa, ancha la cara y nariz achatada. Son grandes, usan como insignia viril el *barbote*, palito de medio palmo que atraviesa el labio inferior á raíz de los dientes, y su fisonomía es de aspecto duro y feroz como su carácter, apreciado como el más fiero entre todos los americanos. Con todo, según Azara, «el que pilla

mujeres ó niños los lleva á su toldo ó choza y los agrega á su familia para que le sirvan, dándoles de comer hasta que se casan. Entonces, si es mujer, se va con su marido, y si es varón forma familia y casa aparte, quedando tan libre é independiente como si fuese charrua, y es reputado por tal».

Otras muchas tribus, denominadas por él naciones, describe el zoólogo español, como los minianes, que se confunden con los anteriores; los boanes, que son sus vecinos, y los chanás, habitantes en las islas del Uruguay. De todas ellas enumera sus caracteres y cuenta sus costumbres con gran acierto y exactitud, como quien las ha visto ó estuvo en su propia comarca, donde podían ser de cerca conocidas, y yerra D'Orbigny cuando le censura de nada verídico, suponiendo que Azara atribuyó equivocadamente á estas gentes la feroz costumbre de la antropofagia. No hay tal: el distinguido naturalista francés leyó al español con evidente ligereza y cortó el párrafo por lo mejor. No quiero yo perder esta ocasión de reparar tal injusticia, volviendo por el crédito de observador formal y científico de nuestro ilustre compatriota, y voy á leer aquí sus propias palabras: «La mayor parte de las relaciones é historias convienen en asegurar que casi todas las citadas naciones eran antropófagas, y que en la guerra usaban de flechas envenenadas; pero uno y otro lo creo falso.....»; por donde se ve como D'Orbigny empezó á leer, pero no concluyó el párrafo de Azara.

A la raza *Pampense* refiere D'Orbigny los indios tobas, abipones, mataguayos, lenguas y los de otras varias tribus ó naciones más ó ménos errantes en las inmensas extensiones del Gran Chaco, y aun incluye como ramas de esta misma raza á los chiquitos y los moxos, al norte del Chaco situados. Pueblos todos muy dignos de estudio que nos podrían entretener largo tiempo; pero la hora avanza y me limito á consignar que de los chiquitos hay excelentes noticias en la *Relación historial de las misiones de los chiquitos*, del P. Fernández; de los moxos, en la *Relación de la misión apostólica de los moxos*, del Padre Diego Eguiluz, y para las tribus del Gran Chaco ahí está también el P. Lozano en su *Descripción monográfica del Gran Chaco*, donde cuenta cosas muy curiosas y dignas de saberse. Por donde se ve cuánto debe la Antropología á la abnegación

de estos virtuosos misioneros, quienes con desprecio de su vida y trabajos sin cuento, no sólo cumplieron su santa misión, sino que abrieron el camino á las investigaciones de la ciencia.

Llegamos con esto á la última de las razas americanas que nos habíamos propuesto enumerar, á la *Guaraní*, llamada también en parte *Tupí* por su idioma, que desde el Uruguay al Orinoco, y desde el Atlántico á los Andes, tuvo por patrimonio, y aun disfruta hoy de mayor extensión territorial que ninguna otra raza del Nuevo Mundo. Diseminados por tribus independientes en las orillas de los ríos ó en el fondo de los valles y en el interior de los bosques, nunca constituyeron estos indios cuerpo alguno político, parecido á una nación, no obstante la conformidad de su raza, la más homogénea acaso de las descritas.

El guaraní es fuerte, de cabeza corta y redonda, frente casi siempre levantada, rostro redondeado, ojos pequeños y algo oblicuos por lo general, barba corta y labios finos; la color de la piel es amarillo-rojiza, y la estatura mediana. La simplicidad de su vestido no llegaba, ni llega hoy entre los más salvajes, á más de una faja arrollada de manera que cubra lo deshonesto, ó prolongada con el mismo objeto en haldilla delantera á modo de corto y reducido delantal. En cambio se cruza nuestro tupí-guaraní el busto con bandas y collares, se rodea las extremidades con ajorcas, ligas y brazaletes, y se envuelve el largo, grueso y cuidado cabello en tubos primorosamente formados de coloreadas semillas, vistosas plumas y dorados élitros de buprestidos, que adornan la persona y resuenan al andar al compás del paso llevado con salvaje y vanidosa seriedad. Cubren su cabeza con un bonete adornado de enhiestas plumas, y con estos apéndices se pasan las orejas, el labio inferior y el tabique de la nariz, sin que estorbe tanto adorno á que se pinten el cuerpo de negro, de rojo y amarillo para mejor parecer. Se valen del arco y de las grandes mazas ó *macanas* para la caza y la guerra; levantan las cabañas con troncos de árboles y hoja de palmera; tejen esteras y hamacas, y construyen canoas para discurrir por el Amazonas ó sus grandes afluentes, como navegantes resueltos y expertos. Según D'Orbigny, son generalmente buenos, afables, francos y hospitalarios; pero otros los pintan crueles y

sanguinarios hasta comerse en ocasiones sus prisioneros de guerra. Todos convienen en que son perezosos y abandonados; achaques comunes á los pueblos salvajes y aun á los bárbaros.

Al oeste del Amazonas, entre los afluentes de aquella parte del curso de este gran río donde más propiamente se llama Marañón, habitan un no pequeño número de tribus como la de los aguarunas, muratos, gualaquisas, uambisas, upanos, etc., designados hoy con el nombre genérico de jíbaros, sin contar á los omaguas, habitantes en las mismas orillas de este río, mirados por Ulloa como descendientes de los peruanos, y ahora calificados de guaraníes por el Sr. Jiménez de la Espada, maestro único en las cosas del Perú.

Por guaraníes se han estudiado también los jíbaros, aunque su estatura es más elevada, su cuerpo más robusto, más prominente la nariz, con frecuencia aguileña, y los ojos perfectamente hundidos. Convienen, sin embargo, con aquellos habitantes en sus costumbres, aunque de ellos se cuenta aquella, en otros pueblos también observada, por la que después del parto es el marido quien recibe las atenciones y cuidados propios del caso, mientras la mujer se dedica á sus labores ordinarias.

Lo más notable en estos indios son las *chanchas* ó cabezas reducidas, de que puede observarse aquí un ejemplar procedente de la colección de Antropología del Museo de Ciencias naturales. Estas singulares reducciones tan hábilmente conseguidas, las guardan, según se cuenta, los guerreros jíbaros como trofeos de guerra, pero como rara curiosidad puede verse aquí esta misma reducción hecha por los mismos indios en una cabeza del desdentado llamado perezoso, que la Comisión de naturalistas españoles del Museo de Ciencias Naturales, antes citado, recogió en aquellas regiones.

Deben ser guaraníes ó tupís, asimismo, los indios del Orinoco, reunidos en varias tribus estudiadas por Humboldt, entre ellas la de los ottomacos, indios que, según este gran naturalista, «comen durante algunos meses diariamente tres cuartos de libra de arcilla ligeramente tostada, sin que su salud se resienta»; y según D'Orbigny pertenecen también á la raza Guaraní los caribes, pobladores de las Guayanas y las Antillas, aunque Quatrefages se inclina á creerlos indios procedentes de

la Florida, siguiendo la opinión de Brigton y Vater. Posible es que la raza del Norte, descendiendo por las Lucayas, y la del Sur, subiendo por las de Barlovento, se encontrasen navegando con sus canoas en las Antillas, porque de muchas descripciones aparece que no en todas estas islas existió un pueblo de caracteres uniformes. Son fáciles de apreciar éstos en las relaciones de los primeros descubridores, y muy especialmente en la *Historia natural*, de Fernández de Oviedo, como hemos visto ya en los comienzos de esta conferencia.

He aquí, señores, aunque en boceto y mal trazado, el cuadro de las razas americanas estudiadas en sus tribus y pueblos más importantes. Resalta en él, aun á primera vista, la sangre del tipo étnico llamado mogólico por los antropólogos; pero en todas partes, profundamente alterada por otros elementos étnicos que en ocasiones se conservan con sus caracteres propios, procedentes ya de razas antiguas y de origen prehistórico, cuyas huellas se observan en los botocudos y fueguenses, ya de razas ahora vivientes como los blancos alófilos, y probablemente también los negros oceánicos. Los tres tipos, pues, fundamentales de la humanidad se encuentran en América, como en Asia y en Oceanía. A la Antropología moderna, con sus procedimientos métricos más exactos, toca averiguar las proporciones en que se mezclan las tres sangres distintas, para resolver el importante problema de la naturaleza y condición de los naturales de América y su parentesco con las razas del antiguo mundo. Por desgracia, no se nos oculta que los esfuerzos de la Sociedad de Antropología de Washington y de los antropólogos angloamericanos han de resultar en gran parte estériles aplicados á los vivientes, porque sin entrar á examinar las causas y motivos, es un hecho innegable que los aborígenes del norte de América fueron exterminados ó están próximos á su exterminio, y de ellos quedan sólo algunas tribus, restos más ó menos civilizados ó salvajes.

Por fortuna, á los antropólogos hispano-americanos les quedan, sino intactos, con su misma naturaleza y aproximada proporción, los colores y las formas del paisaje étnico de la América precolombina; porque sin ocultar los primeros excesos y aun crueldades de la guerra y de la conquista, es in-

negable, porque existe el testimonio fehaciente, que los indios de los dominios antes españoles, civilizados por una religión amorosa y caritativa, y amparados por una legislación prudente, sabia y paternal, constituyen hoy la gran masa de la nacionalidad en los nuevos Estados hispano-americanos, con sus propios y antiguos caracteres, ó mezclados con los mismos españoles que les dieron su propia sangre, á la vez que su civilización y sus leyes. A los escritores extranjeros que acusan á nuestros antepasados, descargando sobre su memoria todo género de improperios, de haber destruído los monumentos de Méjico y del Perú, podemos todavía contestar con orgullo bien fundado, que no es esto cierto en la extensión supuesta por algunos; pero si lo fuera, los compensa, redime y glorifica la generosidad y el amor con que conservaron y recibieron en su propio seno á las razas y los pueblos que levantaron esos monumentos.

Pero el estudio de las razas, principal objeto del antropólogo, se completa con la inquisición de su origen, fin más trascendental de su ciencia; y no es posible discurrir sobre las razas de América, ni sobre otras cualesquiera, sin preguntarse cuál es su origen y procedencia.

Ningún asunto ha sido tan manoseado como éste por los historiadores y los teólogos, que han desvariado á su antojo sobre materia que no tiene solución, ni suele tenerla en sus respectivas ciencias. Tanto valdría preguntar á la Teología ó á la Historia á qué familia pertenece el maíz cultivado por los indios, ó cuál es el origen del yaguaraté, terrible fiera de las selvas americanas. El problema de los orígenes de una especie es asunto de la Historia Natural, y, por tanto, el del hombre americano, considerado como especie, pertenece por derecho propio á la Antropología, dado que la historia de la civilización no posee noticia escrita acerca de este punto, ni sobre las fundadas en las obras del arte humano ha podido llegarse jamás á un acuerdo. Aun así, siempre le corresponde á la Antropología averiguar aquello que sólo en la naturaleza del hombre puede leerse; que nos ofrece la ventaja, cuando se ha leído bien, de enseñarnos la verdad de una manera directa é inmediata, con la claridad de lo real y la inefable belleza de la misma creación natural.

No pretendemos con esto suponer en nuestra ciencia el perfecto conocimiento de estas y otras cosas de su propio objeto y materia, tan discutidas todavía; pero tampoco nos cabe duda alguna que la averiguación del origen de los primeros pobladores de América, y aun de todas y cada una de las razas precolombinas de aquel país, sólo puede alcanzarse por los procedimientos de investigación propios de las ciencias naturales.

Y en el campo de éstas se planteó inmediatamente el problema, en 1520, por el célebre naturalista suizo Teofrasto Paracelso, quien negó á los americanos la descendencia de Adán, anticipándose en esto muchos años á la escuela de antropólogos americanos, que estableció con Morton el autoctonismo de los indios, su origen genuinamente americano y su independencia como raza distinta de todas las conocidas en el Viejo Mundo. Bien es verdad que antes de Morton, aceptado generalmente como autor de esta doctrina, en un anónimo publicado en Londres en 1695, intitulado: *Two essays, sent in à letter from Oxford to anobleman in London, by L. P. M. A.*, se sostiene ya el autoctonismo americano. La excepcional autoridad del sábio profesor de Filadelfia y la reputación justificada de sus discípulos Nott y Glidon, celosos defensores de la doctrina del maestro, popularizaron esta hipótesis en los Estados Unidos del Norte de América, donde encuentra todavía partidarios entre los discípulos del gran naturalista Agasiz, que la mantiene y explica hoy mediante su famosa doctrina de los distintos centros de creación, elegidos por la Providencia conforme á las diferentes regiones geográficas y climatológicas de nuestro planeta.

No están conformes con Agasiz, claro está, la mayoría de los partidarios de la evolución animal; pero también se cuenta alguien que, como Hellwald, el notable antropólogo alemán, armonice la teoría de la descendencia con este autoctonismo, suponiendo á los indios primitivos procedentes directamente de la familia de los monos *platirrinos* ó americanos; mas este supuesto no puede tener fundamento si se atiende á que esta familia de los cuadrumanos, no sólo se encuentra alejada del hombre por su forma, sino también por su fórmula dentaria, y sería preciso para concederle algún grado de probabilidad que

la Paleontología descubriese en el suelo del Nuevo Mundo una serie muy numerosa de *primates* hasta hoy no desenterrados.

Ya en este terreno del autoctonismo no falta quien, como Brasseur de Bourbourg, entre otros, pone el Paraíso en América, desde donde pasaron los hombres á otros continentes, ó quien, con más científicos, pero no más exactos argumentos, sosteniendo, como Ameghino, la existencia del hombre terciario en América, y la anterior civilización de la humanidad en este continente respecto de los otros, llegue á conclusiones parecidas, que son posibles, pero no están demostradas, ni siquiera apoyadas en fundamentos de bastante solidez.

La doctrina más conforme con el sentido científico y más ajustada á las leyes reguladoras de la emigración, aparece en España asentada, y bien razonada también, en su *Historia natural y moral de las Indias*, por el sabio naturalista español P. Acosta, que se expresa así en el tomo I, capítulo XX: «Y por decir mi opinión tengo para mí, días ha, que la una tierra y la otra (el Antiguo y el Viejo Mundo) en alguna parte se juntan y continúan, ó á lo menos se avecinan y allegan mucho. Hasta ahora, á lo menos, no hay certidumbre de lo contrario. Porque al polo Ártico, que llaman Norte, no está descubierta y sabida toda la longitud de la tierra..... Si esto es verdad, como en efecto me lo parece, fácil respuesta tiene la duda tan difícil que habíamos propuesto: cómo pasaron á las Indias los primeros pobladores de ellas, porque se ha de decir que pasaron, no tanto navegando por mar como caminando por tierra; y ese camino lo hicieron muy sin pensar, mudando sitios y tierras muy poco á poco, y unos poblando las ya halladas, otros buscando otras de nuevo vinieron por discurso de tiempo á henchir las tierras de Indias de tantas naciones, y gentes y lenguas.» De mano maestra está aquí pintada la dispersión general del género humano desde el centro de su aparición específica, cualquiera que éste fuese, como ha debido necesariamente suceder, y es más notable el caso por cuanto el Padre jesuíta ni tuvo conocimiento del estrecho de Behring, ni la más remota noticia de otras comunicaciones terrestres posibles señaladas por la ciencia moderna.

Pues con ser esta verdad tan natural y sencilla pocos la esti-

maron en su tiempo, ni la siguieron después, ni aun la conocen y aprecian en nuestros días. Mucho tiempo se ha pensado por los historiadores, y todavía se cree hoy, que los primeros pobladores de América, allá arribados por acaso ó de propio intento, fueron navegantes de la Europa, ó de las Canarias, ó del Asia y Oceanía. Los mismos indios, cuando no se imaginaban nacidos de las cuevas, ó de las fuentes, ó creados por los dioses, como cuenta el P. Durán, contaban su éxodo al través de remotas y fantásticas comarcas; y no he de entrar en el examen de las opiniones de los anticuarios, empeñados noblemente en descifrar el *Popol-vuh* y los códices, jeroglíficos y pictografías conservadas hasta hoy, porque estos intérpretes, hasta el presente, suelen andar sueltos, cada uno por su lado, sin entenderse entre sí y sin que los entiendan bien los demás. Tampoco damos crédito, en este punto, á las narraciones de Yxtlilxochitl, aun siendo como fué descendiente de los antiguos reyes del Anahuac, porque de una parte, sus noticias acerca del diluvio están evidentemente inspiradas por los religiosos cristianos, y tocante á las antiguas tradiciones, ¿quién ignora que los pueblos bárbaros, ó los que, sin serlo, alcanzaron apenas las ventajas de las primitivas civilizaciones, sólo ven su propia historia á la luz irisada y cambiante de las auroras de su inteligencia; y estimando más lo maravilloso que lo natural, lo fantástico que lo cierto, fueron poetas antes que historiadores? Aun entre nosotros el vulgo conoce sólo la novela, y la historia, á lo sumo, es patrimonio de los hombres instruídos.

¿Y cómo hemos de prestar ciega fe á estas tradiciones, inventadas por el fanatismo, ó por la ignorancia, ó soñadas por la fantasía de aquellas razas de infantil civilización, cuando volviendo los ojos á la Europa ya culta de los siglos posteriores al descubrimiento tropezamos con todo género de imaginaciones peregrinas, si posibles y verosímiles, desprovistas de mediano fundamento y de premisas racionales?

Una grande y costosa obra de muchos volúmenes escribió lord Kinsboroug para probar principalmente la descendencia judía de los toltecas, y sin tantos volúmenes el P. Durán tiene por cierto que estos naturales proceden «de aquellas diez tribus de Israel que Salmanasar, Rey de los asirios, cautivó y

transmigró de Asiria en tiempo de Ozeas, rey de Israel y en tiempos de Ozequías, rey de Jerusalén....., de los cuales dice Esdras que se pasaron á vivir á una tierra remota y apartada, que nunca había sido habitada, á la cual habia largo y prolijo camino, de año y medio.....» pero la Antropología se encarga de demostrar la falta de semejanza entre las razas americanas y las semíticas. Más viso de fundamento presenta Torquemada cuando escribe, «y según lo que tenemos dicho en otra parte, acerca del color de estas gentes, no tendría por cosa descaminada creer que son descendientes de los hijos ó nietos de Cham, tercer hijo de Noé», opinión que fué también de Pineda, y completan Echevarría y Veitia, señalando al detalle la emigración de tales chamitas; porque, después de todo, todavía no sabemos bien quiénes fueron ó son los descendientes de Cham en el Antiguo Mundo, si los negros ó los atlantes; y en esta duda nada se pierde con colgarles á los americanos las ejecutorias de aquel hijo segundo irrespetuoso y poco comedido del viejo Noé.

Donde todas las opiniones encuentran hueco para colocarse es en el libro del padre presentado Fr. Bernardo García, compuesto con pasmosa erudición y mediano sentido nada más, intitulado *Origen de los indios*, donde se pretende demostrar con argumentos de puro género literario, que la América fué poblada por los cartagineses, fenicios, griegos, judíos y hasta por los chinos y tártaros; pero aun es más singular, y estuvo más sostenida, la opinión del oidor Diego Andrés Rocha, según quien «los indios eran en el origen españoles y que después del diluvio universal habían venido y entrado en esta América en tiempo del rey Hespero y fundado las islas hespérides, que son las de Barlovento, Cuba y Española.» La Iglesia, en primer término, sostenía este parecer como cosa cierta, y en el año 1659 hubo una *palestra* ante el papa Alejandro VII «acerca del modo y forma de recitar los oficios y misas de los santos particulares de cada provincia» donde se alegó este pretendido origen español de los indios, para conseguir en América ciertos privilegios alcanzados en la Península. ¿Pudo nacer esta opinión de lo escrito por Cortés en sus *Cartas al Emperador*, afirmando que los mejicanos miraban á los primeros españoles

desembarcados en su país, como los hijos de sus antepasados?

Los que con evidente error casi siempre buscan en las lenguas ó en las artes humanas la descendencia ó la igualdad de las razas, han creído encontrar á los egipcios en Méjico; pero ni se parecen los jeroglíficos, ni los teocalis, aunque piramidales, responden por su construcción ni por su fin á las pirámides del Nilo. Mayores concomitancias y analogías ofrece el arte y aun la religión de los mejicanos y de los indios, y así sostiene en estos tiempos su derivación el ilustre Eichtal en su *Estudio sobre los orígenes búdicos de la civilización americana.* Ya Humboldt decía á este mismo propósito que «la comunicación frecuente entre los dos mundos se manifiesta de una manera indiscutible en las cosmogonías, los monumentos, los jeroglíficos, las instituciones de los pueblos de América y Asia»; mas con todo el poder con que los hechos gravitan sobre las grandes inteligencias, aun las más dominadas por las preocupaciones, exclama, desmintiéndose, en otra parte: «Es muy notable que entre los jeroglíficos mejicanos no se descubra absolutamente nada que anuncie el símbolo de la fuerza generatriz ó el culto del *lingam*, que es común en la India y en todas las naciones que han tenido relaciones con los indos.» Y á esto se puede añadir algo más notable todavía, y es que los mejicanos hablen una lengua de aglutinación y polisintética, y los indos otra de flexión de estructura y raíces completamente diferentes; y también que son dos razas enteramente distintas la aria, civilizadora del Indostán y la isla de Java, y la nahua, representante de la civilización de la Nueva España; y con estos dos, capitales, otros muchos argumentos con que sabios de tanto renombre en el estudio del arte americano como Prescott, Gallatin y Stephens impugnan y destruyen esta teoría.

El sinologista M. de Guignes ha leído en la historia de Li-yan-tcheu, como los chinos poblaron la comarca Fu-sang que, por su distancia y designación, le parece ser América; mas esta expedición de los chinos se refiere al año 458 antes de Jesucristo, y está probada histórica y antropológicamente la población del Nuevo Mundo anterior á esta época. Por otra parte, si la sangre mogólica es innegable en esta región de la tierra, no está demostrada su calidad de raza china precisamente. Mas razón

tiene Virchow cuando supone á los peruanos descendientes de los malayos; y, á la inversa, según Zúñiga, en su *Historia de Filipinas*, éstos son los descendientes de aquéllos. Por mi parte declaro que la nariz prominente y aun aguileña de los peruanos no me permite asentir á la opinión del antropólogo ni á la del historiador, porque me acuerdo que en todos los malayos estudiados en la Exposición de Filipinas celebrada ha pocos años en el Retiro, y en otras varias ocasiones encontré como carácter constante y signo distintivo de esta raza la nariz pequeña y aplastada.

Mas hay todavía quien supone, como Dabry de Thiersant, arios á los americanos, fundándose en razones tan sólidas como aquélla supuesta derivación de los dos nombres *Persa* y *Peru* de la misma raíz aria; y en estos días el Sr. López ha escrito un libro notable para demostrar por medio de la lingüística la identidad de los arios con los peruanos, aunque por fortuna, con entendimiento y discreción, supone el alejamiento de estos dos pueblos anterior á la transformación del ario en lengua de flexión, es decir, en el período en que hubo de ser aglutinante y polisintética.

Ninguna de estas opiniones, sin embargo, ha sido aceptada por los más, que desde el descubrimiento del estrecho de Behring miraron hacia el Norte buscando, bajo su estrella, entre las orillas de aquél, la peregrinación de las tribus de Siberia, resbalando sobre la helada superficie del Océano ártico, ó navegando de una á otra orilla sobre las frágiles barcas de los esquimales. Antropólogos y lingüistas como Quatrefages, Maury y otros mil, han vulgarizado esta opinión, hoy la más general, y aun la más racional á primera vista, porque averiguado que los kamtschadales de Asia alcanzan la punta de Alaska, y los esquimales de América llegaron á la bahía de Koliutschin, parece natural imaginar en seguida las oleadas inmigradoras atravesando el estrecho é invadiendo el nuevo continente de Norte á Sur, empujadas las unas por las otras; y completar las corrientes de población con las dobles piraguas de los polinesios y los juncos de los japoneses, arrastrados por el Kuro-Suwo y las corrientes ecuatoriales, y derribados al acaso sobre las costas del Perú ó de California.

Por mi parte, sin negar la posibilidad de este modo de poblarse el Nuevo Mundo, entiendo que presenta muchos y muy fundados inconvenientes, porque en los tiempos históricos no hemos conocido jamás ninguna emigración de estas gentes sibéricas al través del de Behring, y claro se ve, apreciando la escasísima densidad de la población actual y la que pudo ser antes, en medio y clima semejante en el extremo nordeste de Asia y noroeste de América, que no se presenta allí condición alguna capaz de producir del uno al otro lado una corriente de emigración bastante poderosa para poblar, en el grado conocido en la época precolombina, el continente americano. No se me escapa, claro está, que puede bastar una pareja para poblar un mundo; pero tampoco habrá quien me rechace que las razas norteamericanas, por lo menos, viviendo en condiciones de medio análogos al de Siberia, deben presentar caracteres iguales á éstas, y esto no está probado todavía; y aun dada la conocida persistencia de los caracteres étnicos, si la población se efectuó dentro de los tiempos históricos como quieren los historiadores, esta semejanza de caracteres deben ofrecerla igualmente las razas más meridionales. El cuadro étnico americano presentado en esta conferencia basta para demostrar lo contrario: otro tanto probaría el lingüístico; y aun es de más palpable convencimiento la ausencia completa en América de los animales domésticos y plantas cultivadas en Asia, donde lo fueron desde la época de la piedra pulimentada, y el desconocimiento en el viejo mundo, de las plantas y animales domésticos de los americanos. ¿Cómo se concibe que los siberienses pasaran al otro continente sin su caballo, su oveja ó su reno? Y esos barcos indios, chinos ó japoneses, derribados en las costas de California por el Kuro Suwo, tripulados por navegantes que llevaron el arte á Méjico ó al Perú, con ser tantos, ¿ninguno llevó consigo un puñado de arroz, más fácil de cultivar en los nuevos y vírgenes terrenos, seguramente, que pudo ser en la inteligencia salvaje de los americanos, el cultivo y la educación suficiente para llevar el arte al progreso que suponen las ruinas de Palenque, de Tiaguanaco ó de Pachacamac?

Porque la arquitectura peruana se parezca á la etrusca, y la mejicana á la índica ó á la china, y la estatuaria del Yucatán á

la egipcia, no hay razón bastante, no ya para suponer etruscos á los peruanos, indos ó chinos á los nahuas, y egipcios á los yucatenses, sino tampoco para afirmar que allá pudieron llegar, arrojados por los vientos, los civilizadores de los pueblos americanos; porque si fueron los tripulantes de una embarcación aislada, se disolvieron como unas cuantas gotas de sangre roja en el Océano inmenso, sin dejar rastro siquiera de su color, aun en el caso de no ser aniquilados por los bárbaros naturales; y si fué una flota de gentes civilizadas y dominadoras, ¿cómo no han dejado su sangre ó su lengua entre los indígenas? Se concibe, además, que estos navegantes, ya civilizados, maestros de los indígenas en la fábrica de tan colosales edificios y tan primorosas labores del arte, ¿no les enseñasen también, siendo pueblos navegantes, á construir embarcaciones análogas á las suyas para favorecer el comercio entre las costas, ya que pueda parecer posible el desprecio y abandono de toda relación con la patria de donde procedían? Y si dieron á conocer el arte de la construcción, ¿cómo no el de la escritura índica ó china, de resultados más inmediatos y positivos? No: en el desarrollo progresivo de la civilización, desde el estado salvaje al más adelantado, la Antropología muestra á todos los pueblos recorriendo las mismas leyes generales de la evolución intelectual humana, más ó menos modificadas tan sólo por las condiciones especiales del medio en el cual se desenvuelven. Se distinguen los hombres por sus razas; pero todas, absolutamente todas las razas, presentan el mismo conjunto orgánico reasumido en una sola unidad específica. El mismo cerebro con idénticos ventrículos, circunvoloeiones y anfractuosidades de igual manera dispuestas y sometido á las mismas leyes de desarrollo individual y étnico, como órgano de la inteligencia ha debido producir frutos semejantes en Asia y en América, sin más variaciones que las influídas por el medio externo, si diferente en los detalles, homogéneo también, en su esencia en todas las regiones del planeta. Ese elefante encontrado como forma de *mound* en la América del Norte, y como forma de escultura en la América central, argumento áquiles de los partidarios de la civilización búdico-americana, aun en el caso de autenticidad del mejicano, no supone más que una reminiscencia del mas-

todonte, viviente en América durante el último período del cuaternario y alcanzando quizás los tiempos históricos.

Suponiendo que el hombre de las Pampas no sea terciario como quiere Ameghimo, siempre resulta de Norte á Sur, en toda su extensión, la América poblada desde los albores del cuaternario. Allí como aquí, en esa época remota, el cráneo dolicocéfalo neandertaloide; allí después, como aquí y como en Asia, dolicocéfalos y braquicéfalos antiguos y modernos arribados á nuestros días en plena edad de la piedra tosca ó tallada del primitivo salvajismo, como los fuegenses y botocudos; allí como aquí, bárbaros educados ya por la lucha del hombre contra el hombre, perfeccionando sus armas y pulimentando la piedra y usando el cobre, donde le hallan, como los guaraníes y los pieles-rojas guerreros constructores de recintos fortificados y *mounds* análogos á nuestros *dolmens* cubiertos por montones de tierra, y allí como aquí, pueblos civilizados de la edad del bronce de la Antropología prehistórica, regidos por castas guerreras y monarquías sacerdotales que presentan los mismos caracteres generales en su civilización artística y social modificados por las condiciones del medio donde se desenvuelve.

Mas ¿por dónde alcanzaron el Nuevo Mundo esos salvajes cuaternarios y las sucesivas razas que á él llegaron hasta la edad del perro, único animal doméstico del antiguo conocido por os americanos, y cuya domesticación se remonta en Europa hasta los tiempos de los paraderos de Dinamarca? ¿Por el estrecho de Behring? Si la Siberia y el Norte de América estaban obstruídos por los inmensos glaciares, de ningún modo; y si estuvieron antes ó después de éstos en condiciones parecidas á las actuales, hemos visto ya que es poco probable aunque posible.

Sin soñar en Atlantidas, de Platón ó de los sacerdotes egipcios, menos importantes para los antropólogos que para los historiadores, es forzoso pensar en comunicaciones terrestres ó marítimas más fáciles que las conocidas en la historia de la civilización, y no sólo posibles, sino indicadas cuando no demostradas por la geografía botánica y zoológica. No siempre las tierras y los mares guardaron las proporciones actuales: su distribución ha sido diversa en cada período geológico y durante

éstos; aun hoy mismo el relieve de las costas, la conformación de los continentes y el fondo de los océanos cambian en cantidades apreciadas por la ciencia y no desconocidas del vulgo.

Sin remontarnos á los primeros tiempos geológicos, donde se contemplan las inmensas revoluciones de la constitución de nuestro planeta, y limitándonos al período terciario, en el cual se tiene por cierto, por antropólogos tan eminentes como Quatrefages y otros muchos, que apareció el hombre en Europa, el profesor Unger, botánico de reputación universal, fundándose en el gran número de tipos de plantas americanas descubiertas en el *mioceno* de Suiza, cree en la existencia de un continente primitivo en el actual Océano Atlántico, y Heer, el no menos eminente botánico de Zurich, en su *Flora Tertiaria Helvetiæ*, apoyándose en iguales datos, establece la situación de este continente, según sus datos tan ancho por lo menos como Europa. Sir C. Wyville Thomson, naturalista, jefe de la reciente expedición del *Challenger*, buque destinado á exploraciones del fondo del mar, señala una continuada elevación del suelo submarino en el Atlántico, con mesetas y valles, una de cuyas dos ramas une la América con Africa, y ha debido sumergirse en tiempos geológicos recientes, porque el mismo ilustre explorador encontró también la fauna de las costas del Brasil, extraída por su máquina de dragar, semejante á la de la costa oeste de la Europa meridional.

Del otro lado, el gran geólogo norteamericano Mr. Dana, encargado por su Gobierno de estudiar la geología de los archipiélagos del Pacífico, considera muchas de sus numerosas islas como las cumbres de continentes desaparecidos. Y Wallace, el primero de los naturalistas en la biología geográfica, encuentra en el *plioceno*, cuando ya pudo existir el hombre, una comunicación no interrumpida entre Asia y América, porque el estrecho de Behring es de la época cuaternaria; y si se considera que, según Le Conte, en el curso geológico de la historia terrestre de nuestros días, los actuales continentes crecen en elevación y en extensión, y por lo tanto se hunde el fondo de los mares, reuniéndose las aguas antes aparecidas y aumentando la superficie de los océanos, se puede en buena

compañía, apoyandose en autoridades de tanta cuenta, admitir la existencia de comunicaciones fáciles entre el Antiguo y el Nuevo Mundo, donde las emigraciones de uno á otro territorio se verificasen, según actualmente ocurren entre los pueblos salvajes y de modo tan exacto presiente y describe el P. Acosta en el párrafo antes leído.

A mi modo de ver, durante el período terciario, la mayor parte de la superficie del planeta ofrecía una distribución de sus tierras y aguas análogas á la del actual archipiélago índico, que facilitó las comunicaciones aun más que las tierras firmes; no de otro modo se comprende la extraordinaria mezcla durante esta época geológica en las regiones de Europa de las floras americanas, asiáticas, australes y africanas. Los actuales continentes se determinaron con sus relieves actuales por los grandes levantamientos de los Alpes, el Himalaya y los Andes, ocurridos á expensas de no menos grandes hundimientos en la extensión del Atlántico y del Pacífico que, sumergiendo los poblados archipiélagos que los interrumpían, dejaron estas inmensidades oceánicas á uno y otro lado de América, sólo salvadas por el genio de Colón y los briosos alientos de aquel pueblo español templado en la lucha de ocho siglos para aventurarse á las más arriesgadas empresas que, como hazañas y herocidades, ha podido registrar la humanidad.

Explicada queda así la variedad y aun la distribución de las razas americanas, acometido aquel continente desde los primeros días del cuaternario, sino antes, de un lado por las razas dolicocéfalas del occidente de Europa, llegadas quizá las primeras, y del otro por las razas braquicéfalas del oriente de Asia, que allí quedaron, penetrándose y confundiénse unas y otras, encerradas al aislarse el continente americano, hasta formar, auxiliadas por la acción de los medios, toda esa variedad de razas mixtas, donde el cráneo corto y la cara ancha contrastan á cada paso por su falta de armonía étnica con la nariz aguileña y las órbitas redondeadas; y el cráneo largo y la boca de labios finos, con el pelo rígido y la nariz achatada, como se ve por doquier en aquel vasto continente, predominando los occidentales en los patagones y los iroqueses, por ejemplo, razas dolicocéfalas y de elevada estatura, y los orientales en los perua-

nos y pueblenses, razas braquicéfalas de menos que mediana talla.

Hemos llegado con esto al fin de esta ya larga conferencia y quizá también al de vuestra, por esta noche, bien probada paciencia. Estudiados los caracteres generales de las razas americanas, registrados y comparados los especiales de cada una de ellas en sus principales pueblos ó tribus, y analizadas cuantas teorías más ó menos racionales se han propuesto para averiguar el origen de los indígenas de América, aunque todo esto brevemente y á grandes rasgos, como cabía en una sola conferencia, he cumplido la misión que me ha sido encomendada, no como el Ateneo seguramente merece, sino en la medida de mi escasa fuerza; y concluyo aquí declarando que siempre he agradecido en el fondo de mi alma la constante atención con que el Ateneo me escucha, pero nunca como esta noche he sentido tanto mi pequeñez ante la magnitud y dificultad de una conferencia tan superior á mis facultades, y en la que en realidad vuestra persistente benevolencia ha superado á cuanto yo merecía y podía esperar.

6-204